

PROFECÍA

LA MAFIA ES SOLO EL COMIENZO



RAQUEL ATTARD

TERCERA ENTREGA

PROFECÍA: LA MAFIA ES SOLO EL COMIEN- ZO

Raquel Attard

Saga MAFIA

Libro 3

Sinopsis

Quedan muchas cosas por descubrir y muy poco tiempo para hacerlo. Una muerte que resolver, una traición que vengar, demasiados misterios ocultos están empezando a salir a luz.

Secretos, mentiras. Amor. Traición... Blake por fin tiene a Álex de su parte. Es hora de luchar juntos. Pero, ¿se pueden fiar el uno del otro? ¿pueden confiar en la familia?

Los enemigos están mucho más cerca de lo creen. Y no tardarán en averiguarlo.

Aquí está la mafia más oscura que nunca y esto es solo el comienzo...

Copyright

Título original: PROFECÍA: LA MAFIA ES SOLO EL COMIENZO

©RAQUEL ATTARD

Primera edición, agosto de 2020.

ISBN: 9798668814343.

Sello: Independently published.

Diseño: Raquel Attard.

Licencia: Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

Los personajes y los hechos narrados son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

¡Gracias por adquirir este libro!

¡Estoy deseando saber tu opinión!

¡Te espero!



Y si te gusta, te invito a leer otras de mis historias en Amazon.

- Haz que cuente.
- **Bendita locura.** (*Haz que cuente 2*)
- **Te lo concedo.** (*Haz que cuente 3*)
- **Realidad: la Mafia es tu vida.** (*Mafia 1*)
- **Superstición: el poder de la Mafia.** (*Mafia 2*)

Nota de autora

En este libro se mencionan personajes de la Saga Haz que cuente. No hace falta que leáis esa saga para entender esta historia, aunque os invito a hacerlo si queréis conocer mejor a los personajes.

¡Feliz lectura!

*No se puede vencer
a alguien que nunca se rinde.*

Babe Ruth.

Prólogo

Un mes antes.

ROBERTO MARCONNI

Me levantaba cada día con la misma pregunta rondando en mi cabeza. ¿Será hoy el día de mi muerte?

A las personas que llevaban una vida como la nuestra, la muerte las acechaba constantemente, escondida entre las sombras, esperando el momento propicio para hacer su aparición.

La vejez, tal y como la entendíamos concebida, era un lujo que solo unos pocos afortunados podrían alcanzar.

Mis padres habían tenido esa suerte, aunque también ellos estaban acostumbrados a convivir con la muerte, de una forma u otra.

Nos pisaba los talones.

Era puro arte.

Magia.

El resultado final.

Y en cierto modo, incluso la deseaba. Dejar atrás todo lo que me ataba a este mundo y descansar.

Pero no lo haría.

La realidad era que ardería para toda la eternidad, tal y como prometían las llamas del infierno. Porque, aunque siempre había procurado ser una persona justa y honesta, tenía que reconocer que no era una buena persona.

Había transgredido tantas veces la ley, que llegué a inventar mis propias normas. Creé un código de conducta que seguía fielmente y que le exigía a los demás. Nunca

había querido ser alguien temido, pero sí respetado. Me consideraba accesible para mi familia y mis empleados, y escuchaba sus opiniones, pero siempre era yo quién, finalmente, decidía sobre todas las cuestiones, según mi propio criterio.

Todos los que estaban a mi alrededor se sentían obligados a cumplir mis expectativas y yo pensaba que aquéllo estaba bien, que era como tenía que ser, porque yo era el cabeza de familia. Solo yo sabía lo que era mejor para todos.

Me convertí en la ley y coloqué las trampas para que mis enemigos cayeran en ellas. Como yo lo veía, la justicia era un concepto utópico al que jamás conseguiríamos llegar. Cada persona tenía su propia forma de ver la vida y sus creencias. Las leyes eran unas en Estados Unidos, pero otras en Italia o en España. ¿Quién me iba a impedir aplicar las que yo quisiera?

Era una persona admirada, un referente en la comunidad de Nueva York, y mi legado se extendía hasta Florencia, Pisa y Sicilia, dónde la familia de mi mujer, los De Lucchi y la de mi madre, los Spígola, nos guardaban las espaldas y nos daban parte del pastel. Lo tenía todo controlado. Como siempre. O eso quise creer.

¿Será hoy el día de mi muerte?

Todos los días me atormentaba lo mismo. Cincuenta y tres años de aciertos, errores, decisiones e intrigas, hasta que llegó el momento y no lo vi venir. Nunca pensé que fuera ese. El día había transcurrido de forma normal, como cualquier otro día.

Pero no se podía aplazar lo inevitable. Lo que estaba escrito en piedra y destinado a cumplirse. Todos acabaríamos muriendo, tarde o temprano, y a mí me había llegado la hora. Por eso, lo dejé todo muy bien atado para los míos. No podía revelar lo que tanto me había torturado estos años, pero no me iría de este mundo sin dejar pistas para que mi hija lo averiguara. Era inteligente y, pese a su juven-

tud, confiaba en ella más que en mí mismo. Yo la había enseñado y tendría a mi cuñado, Agostino, para ayudarla y guiarla.

Agostino siempre había sido mi mano derecha, un hermano más que un cuñado, pero él tampoco podía contar lo que sabía, al menos, por el momento. Yo no iba a ponerle en ese compromiso, pese a estar seguro de que acataría mi voluntad y la llevaría a cabo, hasta sus últimas consecuencias. Incluso, aunque su propia vida corriera peligro. Esa era la clase de relación que teníamos, y no podía estar más orgulloso de contar con alguien como él entre mis filas.

Por eso sabía que, si Blake se desviaba del camino, Agostino le aconsejaría sutilmente qué dirección tomar. Era ella quien tenía que averiguar lo que estaba ocurriendo y todo estaba preparado y dispuesto para que así fuera. Todo debía salir tal y como lo habíamos planeado.

¿Será hoy el día de mi muerte?

Por supuesto que lo era. Y no podía retrasarlo más, porque ese momento era el único en décadas, que no había dependido enteramente de mí o de mis acciones. Ese momento formaba parte de algo más grande, de un poder superior, y sus decisiones pesaban más que las mías propias.

Así que yo, que jamás acataba lo que los demás querían; yo, que era ley, en toda la extensión de la palabra, respiré hondo y, por primera vez en la vida, asumí mi destino, preparado para lo que me iba a encontrar al otro lado.

Capítulo 1. Profecía

BLAKE

A nadie se le permitía conocer el futuro.

Podíamos hacer una u otra conjetura lógica con la información que teníamos, pero no podíamos adivinar lo que iba a ocurrir. Eso solo lo sabía Dios, y a nosotros no nos lo revelaría.

Al menos, no hasta que llegara el momento justo.

Entonces, ¿por qué creía firmemente que mi padre seguía vivo? ¿por qué sabía que cada vez me estaba acercando más a él y a la verdad que me pidió que revelara?

Algo me lo decía. Lo notaba dentro de mí, quemándome las entrañas.

La carta que me dejó, la palabra <<tesoro>> escrita en ella, que descubriera la verdad, o que la hubiera escrito el mismo día de su muerte... todo apuntaba a que había algo que se me estaba escapando.

Ya habíamos descifrado sus últimas palabras. Le habían tendido una trampa y me pidió que averiguara quién había sido y que vengara su muerte. Eso nos había llevado hasta Scarlett, John, Vera y los Léoni. Hasta una traición que nunca jamás hubiera esperado, y menos, de quién consideraba como uno de mis mejores amigos.

Pero en su carta había mucho más que las palabras que estaban sobre el papel.

<<La familia es el camino para conseguir todos tus propósitos>>.

<<Busca dentro de ti las respuestas a las preguntas que te estás haciendo>>.

<<Muy en el fondo, sé que las sabes>>.

<<Juré no revelar nunca este secreto>>.

<<En la verdad, hallarás la libertad>>.

Debíamos encontrar a qué verdad se refería.

Debíamos rellenar los huecos que no llenaban las palabras.

Y lo hicimos antes de tiempo.

Quizá no fuera Dios, después de todo. Quizá fuera el diablo el que estaba de nuestra parte. Y no dejaba de preguntarme, cuándo volvería para cobrarse la deuda.

Pero ese día todavía no había llegado y nuestra preocupación estaba centrada en la reunión que teníamos entre manos.

La habitación de mi primo Giordano se había convertido en el centro neurálgico de nuestra alianza improvisada con los Cabante, ya que estaba convaleciente. Vitorio le dio una paliza al escapar con Vera, pero el médico nos había dicho que las heridas eran superficiales y esperábamos que no tardara demasiado en recuperarse, aunque le dolía todo el cuerpo. Por suerte, estaba despierto, y tan interesado como yo en la conversación que se estaba desarrollando.

—Quién sabe si están todos los Ricco implicados. No me fio de Luciano —comentó Cósomo.

—Yo no me fío de nadie —dije segura.

—Os ayudaremos a acabar con ellos —afirmó Álex, aludiendo a nuestros enemigos que, según parecía, también eran los suyos.

—Por supuesto —confirmó Bass—. Y nosotros terminaremos lo que empezamos en Roma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Giordano, que estaba tumbado en su cama. Todos estábamos rodeándolo.

—Hay muchas cosas que tenemos que contaros... — Romano miró a sus hermanos y se dispuso a contárnoslo

todo—. A estas alturas, no tiene sentido que sigamos ocultándolo. Veréis, llegamos a Nueva York hace unos cuatro meses, eso ya lo sabéis.

—Lo que no sabéis es por qué tuvimos que huir de Roma —dijo Bass—. Álex, haz los honores.

Se miraban entre ellos, a veces con una sonrisa y otras, con la intriga rumiando sus ceños fruncidos. Nos tenían en ascuas. Llevaba mucho tiempo preguntándome qué fue lo que los trajo a Nueva York. El motivo que los sacó de Roma, de su hogar, debía ser grave si tuvieron que dejar toda su vida atrás y empezar de cero.

—Bueno... Cósomo sí lo sabe —dijo Álex alzando las cejas y yo miré a mi primo con cara de sorpresa. La suya reflejaba culpabilidad.

—¿Cómo? —pregunté perpleja. No sabía si sentirme dolida porque no me lo hubiera dicho, aunque me intrigaban más los motivos que tendría para no hacerlo. Él nunca nos ocultaba nada.

—Lo siento —nos miró a Giordano y a mí, disculpándose—. Lo averigüé después de la investigación preliminar. Ya sabéis que no me quedo tranquilo hasta que confirmo que no hay nada más que encontrar. Ellos —señaló a los Cabante—, llevaban toda la vida viviendo en Roma. Tenía que haber más información.

—Tuviste que mirar a conciencia —espetó Giordano—. Yo mismo hice esa investigación.

Cósomo se encogió un poco sobre sí mismo. Se le veía apurado, aunque no arrepentido. En la voz de Gio no había reproche, solo duda e incertidumbre.

—Tenemos formas diferentes de investigar, hermanito.

Y era cierto. Mientras Giordano era un obseso de la tecnología, Cósomo siempre veía más allá de las simples palabras. Los quería a los dos, pero hasta yo veía lo diferentes que eran en todos los sentidos.

—Tú no dejas de pensar ni cuando duermes —bromeé analizando sus expresiones—. Entiendo que quisieras se-

guir indagando. Pero, ¿por qué no nos dijiste lo que habías averiguado?

—No me correspondía a mí contarle, Blake —mi primo tenía un deje en su voz. Una debilidad. Miró a Romano de reojo y me di cuenta de que lo había hecho por él. El amor era un factor determinante en demasiadas ocasiones, y muy poco objetivo—. Y sabéis que, si hubiera encontrado algo realmente malo, os lo habría dicho. Decidí confiar en ellos.

—La confianza es un arma de doble filo —cuando Giordano dijo aquello, entendí lo que se estaba gestando en su cabeza.

Confiábamos en Cósomo tanto como para no plantearnos siquiera la posibilidad de que nos ocultara información. Y ese había sido también nuestro punto débil, porque lo había hecho.

Supuse que nunca se terminaba de conocer bien a las personas, ni siquiera a las de nuestra propia familia, pero no sabía cómo debía sentirme por ello.

—Está bien —intermedié—, ya seguiremos discutiendo eso. Álex, cuéntanos, por favor —pedí intrigada, fijándome por primera vez esa noche, con detenimiento, en su semblante.

Parecía agotado, tanto como yo, aunque no perdiera el aspecto arrebatador que lo hacía destacar por encima del resto. Pero, lo que más me preocupó, fue el sufrimiento que refulgía en su rostro y que se abría paso por delante de cualquier otro sentimiento que lo embargara en aquel momento.

No supe identificar el motivo concreto, e imaginé que sería debido al cúmulo de situaciones en las que estábamos envueltos. Cuando posó su mirada azul sobre mí, se me puso la piel de gallina.

Nosotros también teníamos una conversación pendiente... y muchas más cosas, pero tendríamos que dejarlas para más tarde. Debíamos hablarlas en privado. No veía la hora de quedarme a solas con él.